

origen humildísimo, la vida pobre, la vestidura modesta, el trabajo por necesidad, el pan adquirido á tanta costa y tasado con tanta parsimonia, quieren decir que todos aquellos pobres seres tenían una riqueza espiritual inapreciable, su idea, con la cual vencieron á los fuertes y destronaron á los omnipotentes.

El vestido usado por María no era más lujoso que su habitación. Unas sandalias de cuero, atadas al tobillo con correas, la calzaban. Un turbante de blanco lino, del cual colgaba espesísimo velo, cubría su cabeza. La túnica de lienzo, tinta en aquellos colores brillantísimos que de antiguo daba la purpúrea Tiro á todas las telas, envolvíala en sus amplios majestuosos pliegues. El oscuro manto le caía de los hombros á los tobillos y realzaba la majestad natural de su modesto porte. Brazaletes al puño en forma de cadena formada por anillos, amuletos judíos al cuello donde iban grabadas las palabras de la Ley Antigua, completarían su traje, si la Virgen se vestía como las mujeres de Nazareth y de Galilea descritas en los documentos y en las tradiciones de su época. El comer de los nazarenos corría con el vestir parejas en lo modesto. El pobre comía torta de cebada, como sucede hoy mismo en nuestro reino de Valencia. Sólo al rico se le reservaba el pan de harina candeal y

blanca. «Y vino, dice la Biblia en su libro de los Reyes, entonces un hombre de Baalsalisa, quien trajo al varón de Dios, panes de primicia, veinte de cebada y trigo nuevo.» El Éxodo nos cuenta que amasaban el pan de cada día en grandes manteles puestos dentro de las artesas, y cómo, una vez cocido, resultaba casi transparente, por muy delgado, en su forma natural de disco. Así no lo cortaban jamás con cuchillo, partíanlo en pedazos para distribuirlo. Isaías exclama: «Parte tu pan con el hambriento y á los pobres destituídos de hogar mételos en el tuyo.» Y Jeremías: «La sedienta lengua del niño de teta se pegó á su paladar, pidió pan y no hubo quién se lo partiese.» San Mateo: «Mandando á las gentes recostarse sobre la hierba, tomó los cinco panes con los dos peces, y después de convertir los ojos al cielo, bendíjolos y partió y dió los panes á los discípulos y los discípulos á las gentes.» Cual se ve por textos, que podríamos de seguro multiplicar desmedidamente, partíase y no se cortaba el pan. Usaban mucho los judíos pan ázimo, sin levadura, especie de torta muy tostada y en aceite puro y con flor de harina hecha. En su capítulo segundo trae la receta un libro tan autorizado como el célebre Levítico: «Y al ofrecer ofrenda de presente, cocida en horno, torta será de flor de harina sin levadura, con aceite amasa-

da.» Y más abajo: «Y si tu presente fuera de sartén, será hojaldre amasado con aceite, todo él de harina de flor, sin levadura.» En la cocina usaban dos ollas; el cántaro y alcarraza podían ser de tierra cocida, pero no los platos, de cobre, como podéis ver en el ya citado Levítico, donde se impone la sartén, y nada más que la sartén, para los fritos. De cobre debían ser también el cáliz y la copa. Como en los pueblos meridionales nuestros, comíase á mediodía en toda Galilea; y tras la comida sesteaban los galileos en largo reposo, pues el silencio de las usuales siestas aun parecía más profundo que todo el silencio de las noches en sus altas horas. Lavábanse al comer las manos, y este lavatorio tenía todos los caracteres de una ceremonia religiosa. Lucas, Marco, Mateo, los evangelistas más hebraicos refiérennos en sus respectivos Evangelios cuánto los fariseos se maravillaban de que los primeros cristianos, poco prácticos y duchos en la vieja liturgia, olvidasen aquella especie de antiguo sacramento. Lavadas las manos, asentábanse á la mesa. Y ya sentados rezaban la correspondiente plegaria de bendición á los manjares. Pero la comida solían tomarla, por regla general, acostados. Y al acostarse, uno cualquiera, el principal de la mesa, usualmente rezaba en voz baja otra oración, á la cual se asociaban los comensales pronuncian-

do cada uno su respectivo amén. Estas oraciones rezábanse con arreglo á fórmulas contenidas en la vieja ley. El Deuteronomio dice: «Comerás y te hartarás, y bendecirás á Jehovah tu Dios por la buena tierra que te habrá dado.» Los comensales formaban un círculo, en cuyo centro se veía el dueño de la casa. Cuando invitaban, cosa frecuentísima en aquella región hospitalaria, adobábanle al huésped con aromático aceite de nardos la cabbellera. Traían los platos ya dispuestos para servidos y cortaban sus viandas en la cocina. Cada comensal cogía con los dedos la tajada que le distribuía el dueño de la casa y la colocaba sobre su respectivo trozo de pan. Servíanse aparte, y en sólo un plato, los mojes ó salsas, donde todos humedecían su pan. Los cuchillos hállanse mencionados una vez en el capítulo XXIII, versículo II de los Proverbios; pero los tenedores y las cucharas ni por pienso en parte alguna. Comían vaca, una que otra gallina, cordero y caza, con sólo dos legumbres, por regla general compuestas con habas y lentejas. Gustaban mucho de miel, de leche, de queso, de uvas, de higos y de nueces, no tier- nas éstas, secas. Cuando Jehovah encarecía la tierra prometida, loábala mucho por su abundancia en miel y leche. Aquélla se daba frecuentemente sin cuidado ni cultivo alguno, destilándola de sus

truncos los árboles y hasta de sus pedruscos las rocas; y era en tal copia, que San Juan Bautista no tomaba otro alimento. Como regalo solían llevar peces del Mediterráneo y peces del lago. Pero lo más particular es el plato que hacían de las terribles langostas del campo, esos azotes de los sembrados. Aderezábanlas frescas unas veces, y las ponían otras á tostarse al sol, moliéndolas y amasando con ellas pan bien amargo. Las bebidas, por los días en que vivió la Virgen, eran muchas y gustosas. Los medos y los asirios enseñaron á los israelitas licores compuestos por el fermento de la cebada y muy parecidos á nuestras cervezas. El Cantar de los Cantares dice las siguientes palabras, hablando de una bebida que debe parecerse á nuestra sangría mucho: «Yo te llevara, exclama, te metiera en casa de mi madre para darte á beber vino mío, adobado con mosto de granada.» Isaías canta en sus composiciones todas estas mezclas. «¡Ay!, dice, de los que son valientes para beber vino y fuertes para mezclar bebidas.» Como ahora, preferían el vino viejo al nuevo, pero solamente lo guardaban por espacio de tres años. «Y ninguno que bebiere del añejo, dice San Lucas, quiere luego el nuevo, porque el añejo es mejor.» Bebían también, sobre todo los jornaleros del campo, en las horas de los altos calores, agua y vinagre.

Como nuestros castellanos, guardaban el vino en pellejos, que sabían á la pez, y como los manchegos, en tinajas grandes, muy parecidas á las tinajas del Toboso. Colaban todas las bebidas por los muchos mosquitos que solían caer en ellas. Para beber vino usaban huevos duros antes. Así comían y vestían los compatriotas de Joaquín y Ana; así Joaquín y Ana daban de comer y de vestir á su familia, por ende, á la Virgen María.

Ana y Joaquín, muy cumplidores de las antiguas leyes, presentaron al templo su hija María, pero antes de la presentación debió proceder Ana, en observancia y cumplimiento de los ritos sacros, también á la purificación. Los pueblos meridionales han menester mucho de cuidadosa limpieza. Y la observan con escrupulosidad. No hay sino ver los encalados pueblos de Andalucía, cuyas casas á la continua se blanquean, y las frescas barracas de Valencia, que respiran alegría y limpieza. Los grandes legisladores orientales, con especialidad los dos de origen semítico, Moisés y Mahoma, prescriben hasta en sus menores minuciosidades, no solamente una exquisita limpieza, indispensable á la salud, sino también los medios y procedimientos para conseguirla y conservarla. Necesitaban así las mujeres, después del parto, purificarse para ir á los templos. Y purificada con todos los ritos

designados por las leyes Ana, presentó al templo la Virgen María. Esta presentación ha inspirado á muchos artistas, pero los dos, en mi sentir, más felices, son dos venecianos: el Carpacio y el Ticiano. Todo el mundo conoce las condiciones que tiene la pintura veneciana. El esplendente mar Adriático, la hermosísima laguna de San Marcos, las múltiples cintas de sus canales verdes ó azules; aquellas arenas materialmente cubiertas de nácares, de conchas, de coral, con los cuales compone la naturaleza mosaicos antes de componerlos sus artífices; el áureo color de los bancos y de los escollos cubiertos con violáceas algas; los jardines que parecen surgir de las aguas y flotar á las brisas; aquellas iglesias de mármoles y jaspes que bogan y navegan tornándose á una etéreas, entre los resplandores descendidos de un cielo claro y rebotados por el Mediterraneo más claro todavía; los palacios circuidos por las góndolas que parecen negros y airosísimos cisnes; tantas columnas de pórfido, tantos bajorelieves de mármol; aquellas ágatas relumbrantes como pedrería; los frontones asiáticos, las rotondas esclavonas, las torres de rosáceos matices, las velas pintadas de azafrán, por tal modo se imponen á sus hijos los soberanos artistas, que los diríais pintando, no con la espontaneidad propia del arte, con sujeción á una liturgia

tan rigurosa como lo fueron en su tiempo las liturgias del Asia. Por tanto, en aquellos cuadros Nazareth se parece á Venecia, por el esplendor de los monumentos; y en el sitio donde pasan estas pobres y modestas escenas judías óyense crujir los brocados, chocarse las copas de oro y cristal, sonar los conciertos de clásica moderna música y las estancias y los versos de nuestras representaciones dramáticas en aquella especie de nave, donde se habían aglomerado los despojos de todos los mares conocidos á la sazón en toda la redondez del planeta. Tales artistas no pintaban las escenas históricas, pintaban las escenas religiosas. Mas vestían á las mujeres del Evangelio como pudieran vestirse la Lucrecia Borgia de Ferrara ó las Foscari y los Capelos de Venecia. En todos sus cuadros hay algo del cristal esmaltado, del mosaico multicolor, de la flora isleña, del Lido y del mar Adriático. La presentación al templo de María tiene todos estos caracteres; en los lejos el cielo espléndido; en los términos de tercer orden los monumentos venecianos con sus intercolumnios de mármoles maravillosos; en los términos segundos aquellos senadores, con sus túnicas de púrpura, y aquellos gentileshombres con sus gorros cubiertos de plumajes, y aquellas damas enrubiadas artificialmente, pero vestidas y ornadas con todas las joyas y

todas las preseas del Renacimiento; y en primer término, una escalinata que conduce al templo, en el promedio de sus escalones la niña María resplandeciente con su nimbo de luz y vestida con su túnica de color del cielo, y en lo alto los sumos sacerdotes con sus vestes y sobrevestes, con sus coronas y sus mantos, sus luengas barbas y sus luengas rozagas, los cuales parecen, después de haber envejecido en las piraterías de lejanos mares, colocados, como los ídolos sobre las aras, ellos, legión de reyes, sobre los tronos de la incomparable Venecia. Recordamos todos estos monumentos del arte moderno para corroborar nuestra tesis de que la Virgen es num en primero y casi único de toda la pintura cristiana.

VIII

María perdió á sus padres en bien temprana edad. Triste pensión esta de los engendrados tarde: quedarse huérfanos en la florida mocedad. Ana y Joaquín murieron en la gracia de Jehovah y bajaron felices al seno de Abraham. Aquel pueblo no quemaba los cadáveres como el pueblo romano. Creyendo y esperando en la resurrección confiaba el despojo de los suyos á la tierra, que debía devolverseles como devuelve convertidas en plantas, en flores, en frutos, las semillas depositadas en sus

senos. El cadáver para los judíos aparecía como germen de un futuro cuerpo que vendrá con seguridad el día de la resurrección. Una mortaja recibía los restos fríos, un sudario los tapaba; la mirra, y el incienso, y el áloe servían para perfumarlos. La Virgen cerró los ojos de sus padres; les ató manos y pies con apretadas cintas; los roció de aromas dispuestos por las leyes; los amortajó en el sudario, y los depuso en el ataúd. Encargáronse los amigos de llevarlos sobre las espaldas, mientras sus parientes decían palabras lamentosas, lanzaban gemidos atronadores, caían por tierra cubriéndose la cabeza de ceniza y rasgándose las propias vestiduras, entre golpes y caídas tan fuertes, que les abrían profundas y duraderas llagas. Poco, muy poco de aparato litúrgico en estos entierros hebreos. A lo sumo pronunciaba el gran sacerdote alguna que otra oración fúnebre, pero no había nada más. Los sepulcros estaban fuera de las poblaciones; y como acaecía entre romanos, indios y griegos, en la propiedad particular del difunto. Los cementerios eran, entre aquellas tumbas, como la fosa común hoy en nuestros cementerios. Servía de abrigo á la tumba cualquier caverna que permitiese fácil acceso á ella como á un objeto querido. Sin embargo, las gentes profanas, mejor dicho, las ajenas á la familia del difunto, no podían tocarlas con sus cuerpos